

Anonimato y compromiso en la época actual: Søren Kierkegaard y el internet*

Hubert L. Dreyfus
University of Berkeley, California

*Oh Dios le dijo a Abraham: "Mata a tu hijo para mí..."
Abi pregunta entonces: "¿Dónde quieres que cumpla esta muerte?"
Dios le contesta: "Allá, en la autopista 61".
Y Pedro Pistola le dijo a Luisito el Rey
Tengo cuarenta cordones entre blanquirojos y azules
Y mil teléfonos que no suenan
¿Sabes dónde podría quitármelos de encima?
Y Luisito el Rey le dijo aguarda, muchacho, a que lo piense un minuto.
Y dijo sí, creo que puede ser fácil
Basta con llevarlo todo a la autopista 61.
Conque el jugador vagabundo andaba muy aburrido
Intentaba empezar otra guerra mundial
Se topó con un promotor que por poco se cae del asombro
Nunca antes, le dijo, me había comprometido con nada así
Pero sí, creo que puede ser muy fácil
Basta con que montemos algunas graderías bajo el sol
Y así la tendremos, en la autopista 61.*

Bob Dylan, "Nueva visita a la autopista 61"***

* Conferencia dictada en el Centro Cultural de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, abril del 2000.

** Oh God said to Abraham, "Kill me a son"... / Well Abe says, "Where do you want this killin' done?" / God says, "Out on Highway 61." / Well Mack the Finger said to Louie the King / I got forty red white and blue shoe strings / And a thousand telephones that don't ring / Do you know where I can get rid of these things? / And Louie the King said let me think for a minute son. / And he said yes I think it can be easily done / Just take everything down to Highway 61. / Now the rovin' gambler he was very bored / He was tryin' to create a next world war / He found a promoter who nearly fell off the floor / He said I never engaged in this kind of thing before / But yes I think it can be very easily done / We'll just put some bleachers out in the sun / And have it on Highway 61. (Bob Dylan, "Highway 61 Revisited")

Como todo lo demás, Søren Kierkegaard puede ser hallado en la red mundial. Por medio de mi buscador obtuve tres mil entradas. Mas ¿le hubiese gustado a Kierkegaard figurar en ella? ¿Qué hubiese opinado sobre el brote más reciente de la tecnología de la información? Con el fin de averiguarlo, propongo que traslademos su descripción de los riesgos y oportunidades de lo que él denominara “la época actual” a una crítica de la era de la información.

1. *La prensa y lo público. Formas de minar la responsabilidad y el compromiso*

En su ensayo *La época actual*, fechado en 1850, Kierkegaard advierte que su tiempo está caracterizado por la reflexión desinteresada y la curiosidad que nivela todas las diferencias de jerarquía y valor –todas las distinciones cualitativas, en sus propios términos. Todo da lo mismo. Nada importa lo suficiente como para arriesgarse a morir. A tal condición moderna Nietzsche le dio un nombre; la llamó nihilismo.

Según Kierkegaard, el culpable de esta nivelación es algo que él denomina “lo público”. Dice: “A fin de reducir todo al mismo nivel, es ante todo necesario procurarse un fantasma, uno cuyo espíritu sea una monstruosa abstracción... y ese fantasma es *lo público*”¹. Pero el auténtico villano detrás de lo público, afirma Kierkegaard, es la prensa. Temió que “Europa llegue a una parálisis con la prensa y permanezca en una parálisis como recordatorio de que la raza humana ha inventado algo que finalmente la dominará”², y añade: “Aun si mi vida no tuviese otro significado, me satisface haber descubierto la existencia absolutamente desmoralizadora de la prensa cotidiana”³.

Mas ¿por qué culpar de la nivelación al público y no a la democracia, la tecnología, el consumismo o la pérdida de respeto ante la tradición, por citar algunos candidatos? ¿Y por qué esta satanización monomaniaca de la prensa? En sus diarios, Kierkegaard afirma que “es en realidad la prensa,

¹ Kierkegaard, Søren, “The Present Age”, en: *The Present Age, and Of the Difference between a Genius and an Apostle*, traducción al inglés de Alexander Dru, introducción de Walter Kaufmann, Nueva York: Harper & Row, 1962, p. 59.

² Kierkegaard, Søren, *Journals and Papers*, edición y traducción al inglés de Howard V. Hong y Edna H. Hong, 7 vols., Bloomington: Indiana University Press, 1978, # 483.

³ *Ibid.*, # 2163.

más exactamente el periódico..., lo que hace imposible al cristianismo"⁴. Éste es un juicio asombroso. Ciertamente Kierkegaard adivinó en la prensa una singular amenaza cultural/religiosa, si bien nos tomará algo de tiempo entender el porqué.

No es un accidente que, cuando escribe en 1846, Kierkegaard decida arremeter contra lo público y la prensa. Para comprender la razón, hemos de empezar en el siglo precedente. En *Historia y crítica de la opinión pública*⁵, Jürgen Habermas sitúa el inicio de lo que él denomina "esfera pública" hacia mediados del siglo XVIII. En aquella época, nos explica, la prensa y los cafetines se convirtieron en sede de una nueva forma de discusión política. Esta nueva esfera de discurso difiere radicalmente de la antigua polis o república, porque la esfera pública moderna se ve a sí misma como algo externo al poder político. Dicho estatuto extrapolítico no sólo es definido negativamente, como una ausencia de poder, sino valorado positivamente. Dado que no se trata de un ejercicio de poder, la opinión pública está resguardada, justamente, de cualquier espíritu partidista. Así, los intelectuales de la Ilustración abordaron la esfera pública como un espacio en el cual la reflexión racional y desinteresada que debía orientar al gobierno y a la vida humana podía institucionalizarse y refinarse. Tal discusión desarraigada empezó a ser vista como un rasgo esencial de toda sociedad libre. Y a medida que la prensa extendía el debate público a un auditorio cada vez más amplio de ciudadanos comunes, Edmund Burke afirmaba complacido: "en un país libre, cualquier hombre piensa que todo asunto público le atañe"⁶.

Entrado el siglo siguiente, merced a la expansión de la prensa cotidiana, la esfera pública se mantuvo como objeto de democratización creciente hasta que desencadenó un resultado imprevisto, el cual, según Habermas, "alteró las precondiciones sociales de la 'opinión pública' hacia la mitad del siglo [XIX]"⁷. "[A medida que] el público se expandía... por la proliferación de la prensa... el reino de la opinión pública se revelaba como el reino de las mayorías y de los mediocres."⁸ Muchas personas,

⁴ *Loc. cit.*

⁵ Habermas, Jürgen, *The Structural Transformation of the Public Sphere*, Cambridge, Mass.: MIT Press, 1989 (versión castellana del original alemán por Antonio Domenech: *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona: G. Gili, 1994, 4a. ed. (N. del T).

⁶ *Ibid.*, p. 94.

⁷ *Ibid.*, p. 130.

⁸ *Ibid.*, pp. 131, 133.

incluidos John Stuart Mill y Alexis de Tocqueville, temieron “la tiranía de la opinión pública”⁹, y Mill se sintió llamado a proteger a los “disconformes de la presión de lo público como tal”¹⁰. Según Habermas, Tocqueville insistió en la idea de que “la educación y los ciudadanos poderosos debían formar un *público selecto* cuyo debate crítico determinase la opinión pública”¹¹.

La época actual muestra cuánta era la originalidad de Kierkegaard. Mientras Tocqueville y Mill afirmaban que las masas necesitan el liderazgo de una *élite* filosófica, y mientras Habermas concuerda con ellos en que lo sucedido con la democratización de la esfera pública hacia 1850 es un desafortunado descenso en el conformismo de la prensa cotidiana (del cual es preciso salvarla), Kierkegaard ve a la esfera pública como un nuevo y peligroso fenómeno cultural donde la nivelación producida por la prensa revela algo profunda e inicialmente erróneo en la idea ilustrada de la reflexión desarraigada. Así, mientras Habermas trata de recuperar las virtudes morales y políticas de la esfera pública, Kierkegaard ve con lucidez que no hay manera de salvar a la esfera pública dado que, a diferencia de las multitudes y grupos concretos, ella ha sido, desde un inicio, la fuente misma de lo que él denomina “nivelación”.

Semejante nivelación se produjo de distintas maneras. En primer lugar, la nueva distribución masiva de información fuera de contexto hizo que toda suerte de información estuviese de inmediato disponible para cualquiera, con lo cual generó un espectador desarraigado, sin contexto. El nuevo poder de la prensa para difundir información a cualquiera en una nación permitió que sus lectores trascendieran su compromiso local y personal, y que superaran así su reticencia respecto de cuanto no les tocaba directamente. Como Burke había señalado con júbilo, la prensa alentaba a todos a desarrollar una opinión sobre cualquier cosa. Habermas advierte en ello el triunfo de la democratización; Kierkegaard advirtió, en cambio, que la esfera pública estaba llamada a convertirse en un reino de habla ociosa en el cual los espectadores, simplemente, corren la voz.

A este respecto escribió: “Si imaginamos que la prensa se debilita cada vez más por la ausencia de sucesos o ideas que consigan aferrarse de nuestro tiempo, tanto más fácilmente el proceso de nivelación se con-

⁹ *Ibid.*, p. 138.

¹⁰ *Ibid.*, p. 134.

¹¹ *Ibid.*, p. 137.

vertirá en un placer nocivo. Cada vez serán más los individuos, dueños de su propia indolencia sin sangre, que no aspiren a nada –ello para convertirse en el público: esa totalidad abstracta formada, del modo más ridículo, por participantes que juntos devienen un tercer partido (un espectador.... Esta galería está a la espera de distracciones, y pronto se abandonará a la idea de que todo cuanto se haga es hecho para ofrecerle [al público] algo de lo cual chismear”¹².

Pese a que la prensa y el *talk-show*, su decadente heredero, son ya lo bastante nocivos, este efecto desmoralizador no constituye el interés central de Kierkegaard. Desde su perspectiva, el riesgo más hondo justamente reposa en aquello que Habermas celebra de la esfera pública, a saber, como Kierkegaard señala, en que “un público... destruye todo cuanto es relativo, concreto y particular en la vida”¹³. La esfera pública alienta, entonces, a comentaristas ubicuos que deliberadamente se desarraigan de las prácticas locales en cuyo seno brotan asuntos específicos, asuntos que deben resolverse en los términos que esas mismas prácticas plantean, mediante alguna forma de acción comprometida. De este modo, lo que se mostraba como una virtud para la razón imparcial de la Ilustración es visto, por Kierkegaard, como un desastroso inconveniente. La esfera pública es un mundo en el que cada cual comenta y tiene una opinión sobre todos los asuntos públicos, sin acreditar ninguna experiencia directa y sin tener o querer responsabilidad alguna.

Ni siquiera los comentaristas más conscientes están obligados a poseer conocimientos de primera mano o a asumir una posición concreta. Más bien, como Kierkegaard lamenta, justifican sus puntos de vista mediante el recurso a principios. Y como las conclusiones alcanzadas por tal razonamiento abstracto no se apoyan en prácticas locales, sus soluciones son igualmente abstractas. Es de presumir que semejantes propuestas no fomentan el compromiso de las personas involucradas y, por lo tanto, no funcionan así se transformen en leyes.

Una constatación más básica todavía: que la esfera pública descansa fuera del poder político significa, para Kierkegaard, que uno puede mantener una opinión sobre cualquier tema sin necesidad de actuar basado en ella. A propósito del público observa con desaprobación que su

¹² Kierkegaard, Søren, “The Present Age”, o.c., pp. 64-65.

¹³ *Ibid.*, p. 62.

“habilidad, virtuosismo y buen sentido consiste en procurar alcanzar un juicio y una decisión sin llevarlos nunca hasta la acción”¹⁴. Ello abre la posibilidad de una reflexión ilimitada. Si no hay posibilidad de decisión y acción, todo puede ser visto desde todos los ángulos y siempre puede hallarse una perspectiva nueva desde la cual ponerlo todo nuevamente en cuestión. Kierkegaard vio que, cuando todo depende del comentario crítico incesante, la acción deviene finalmente imposible. “La reflexión es siempre capaz de explicarlo todo de un modo distinto y de dejarle a uno alguna vía de escape...”¹⁵. En consecuencia, para él es evidente que “reflexionar transformando la capacidad de acción en un medio para escapar de la acción es, a la vez, algo corrupto y peligroso...”¹⁶. El lema que sugirió para la prensa era: “Aquí los hombres son desmoralizados en el menor tiempo posible, en el mayor grado posible, al menor precio posible”¹⁷.

El problema está en que la prensa habla por el público, pero nadie respalda los puntos de vista que el público mantiene. Así, Kierkegaard escribió en su diario: “tales... son las dos calamidades más horrendas que en realidad constituyen los poderes principales de la impersonalidad: la prensa y el anonimato”¹⁸. Aun más nítido es su planteamiento en *La época actual*: “Un público no es una nación, ni una generación, ni una comunidad, ni una sociedad, ni cualesquiera hombres particulares, pues todos ellos únicamente son lo que son por mediación de lo concreto; ningún individuo perteneciente al público tiene un compromiso real”¹⁹.

En *La época actual* Kierkegaard expresa concisamente su opinión sobre la relación entre la prensa, la esfera pública y la nivelación en curso durante su época. La prensa anónima e imparcial y la falta de pasión o compromiso que caracterizan a nuestra época reflexiva se unen para producir lo público, ese agente de la nivelación nihilista propia de su tiempo y del nuestro. “La prensa es una abstracción... que, sumada a la falta de pasión y al carácter reflexivo de la época, produce ese fantasma abstracto: un público que es, a su vez, la verdadera potencia niveladora.”²⁰

De seguro Kierkegaard hubiese visto en el internet, con sus sitios

¹⁴ *Ibid.*, p. 33.

¹⁵ *Ibid.*, p. 42.

¹⁶ *Ibid.*, p. 68.

¹⁷ Kierkegaard, Søren, *Journals and Papers*, o.c., # 489.

¹⁸ *Ibid.*, # 480.

¹⁹ Kierkegaard, Søren, “The Present Age”, o.c., p. 63. Énfasis mío.

²⁰ *Ibid.*, p. 64.

web atestados de información anónima procedente del mundo entero y sus listas de interés a las que cualquiera en el mundo puede asociarse sin mediar requisito y donde cualquier tema puede ser discutido sin pausa y sin consecuencias, la síntesis de alta tecnología de los peores rasgos del diario y del cafetín –una síntesis que ha cumplido el sueño de Burke, pues en las listas de interés cualquiera, dondequiera, puede tener una opinión sobre lo que sea. Todos están demasiados ansiosos por responder a las opiniones igualmente desarraigadas de otros tantos aficionados anónimos que envían sus puntos de vista desde ninguna parte. Dichos comentaristas no adoptan posición alguna frente a los temas que abordan. A decir verdad, la ubicuidad misma de la red generalmente hace que cualquier postura local parezca irrelevante.

Lo que llama la atención en estas listas de interés es que el ingreso a la conversación no requiere experiencia o habilidad de ningún tipo. Como se ilustra en el internet, un riesgo verdaderamente grave de la esfera pública consiste en minar la consecución de destrezas. Como he dicho en otra ocasión, adquirir una habilidad requiere interpretar la situación como siendo una instancia tal que demanda evaluar una cierta acción, acometer esa acción y aprender de sus resultados. Y, como Kierkegaard pensaba, no hay forma de conseguir sabiduría práctica salvo mediante compromisos riesgosos y experiencias de éxito y fracaso. Estudios sobre adquisición de habilidades han mostrado que, a menos que el resultado sea importante y que exista la disposición de aceptar el dolor que sucede al fracaso y el placer que acompaña al éxito, quien desarrolla la habilidad permanecerá estancado en el nivel de la competencia y nunca alcanzará la pericia. Así, los protagonistas de la esfera pública que aparecen en espacios serios de radio y televisión, tales como *MacNeil/Lehrer News Hour*²¹, cuentan con una opinión sobre cada tema y pueden justificar sus opiniones apelando a principios abstractos, mas, como no tienen que actuar conforme a los principios que defienden, carecen de esa perspectiva apasionada cuyo ejercicio es el único capaz de conducir al error grave y, por lo mismo, a la adquisición gradual de la sabiduría práctica.

123

Kierkegaard anticipó inclusive que la actividad esencial alentada por el internet sería la especulación sobre cuán grande es, cuánto más puede crecer, y cuál es su significado para nuestra cultura –si tiene al-

²¹ Espacio periodístico transmitido durante dos décadas en los Estados Unidos. (N. del T.)

guno. Desde luego, tal suerte de discusión corre el riesgo de volverse parte de la nube misma de especulaciones anónimas que Kierkegaard aborrecía. Aun sensible a su propia condición de hablante, Kierkegaard concluía su análisis de los peligros de la época actual y sus oscuras predicciones sobre lo que aguardaba a Europa con esta observación irónica: “En nuestro tiempo, cuando tan poco ha sido hecho, aparece un número extraordinario de profecías, apocalipsis, vislumbres y estudios sobre el futuro, y nada queda por hacer salvo plegarse y ser uno con el resto”²².

La única alternativa que Kierkegaard veía ante tal reflexión paralizante era zambullirse en algún tipo de actividad –cualquier actividad– en tanto uno verdaderamente se entregase a ella con apasionado compromiso. En *La época actual*, exhorta a sus contemporáneos a que efectúen tal salto: “No hay más acción o decisión en nuestros días que arriesgado goce al nadar en aguas poco profundas. Pero así como un adulto, que pugna gozoso en las olas, invita a aquellos más jóvenes que él: ‘Vamos, salta deprisa’, así también la decisión en la existencia, por decirlo así... hace un llamado (...) ‘Vamos, salta con alegría’, aun si esto significa un salto despreocupado, siempre y cuando sea decisivo. Si eres capaz de ser un hombre, entonces el peligro y el áspero juicio de existencia por tu desconsideración te ayudarán a convertirte en uno”²³.

2. La esfera estética. El goce de posibilidades sin límite

Semejante salto despreocupado en aguas más profundas caracteriza a los navegantes de la red, para quienes la acumulación de información se ha convertido en un modo de vida. Un navegante así siente curiosidad por todo y está dispuesto a invertir cada momento libre en una visita a los sitios de moda en la red. Disfruta de la mera gama de posibilidades. Algo de interés se alcanza con un mero desplazamiento del cursor.

Este compromiso con una vida caracterizada por la curiosidad, donde la información es una fuente ilimitada de goce, sitúa a las personas en la versión reflexiva de lo que Kierkegaard llama *esfera estética de la existencia* –su anticipación de la posmodernidad. Y es que visitar cuantos sitios sea posible y mantenerse al tanto de los más entretenidos son actos que consti-

²² *Ibid.*, p. 85.

²³ *Ibid.*, pp. 36-37.

tuyen, para semejante persona, un fin en sí mismo. La única distinción significativa se da entre los sitios *interesantes* y aquéllos, más bien, *tediosos*. La vida consiste en luchar contra el tedio convirtiéndose en un espectador de todo lo interesante en el universo y en comunicarse con cualquier otro tocado por las mismas inclinaciones. Tal vida produce un yo que no tiene contenido definitorio ni continuidad pero que está abierto a todas las posibilidades y a desempeñar nuevos papeles.

No obstante, aún nos queda por explicar qué hace atractivo este uso de la red. ¿Por qué tanta emoción en ser capaz de indagarlo todo sobre cualquier cosa, no importa cuán trivial? ¿Qué motiva un compromiso tan apasionado con la curiosidad? En última instancia, Kierkegaard pensaba que las personas eran adictas a la prensa –y a la red, como puede añadirse ahora– porque el espectador anónimo *no asume riesgos*. La persona situada en la esfera estética se mantiene abierta a todas las posibilidades y no tiene identidad fija pasible de ser amenazada por la decepción, la humillación o la pérdida.

La navegación por la red se ajusta idealmente a esta vida. En el internet, los compromisos son virtuales a lo sumo. Sherry Turkle ha descrito el modo en que la red viene alterando las prácticas de trasfondo que determinan los tipos de yoes que podemos ser. En *Life on the Screen* detalla “la habilidad del internet para alterar las comprensiones populares de la identidad”. A través del internet, afirma, “se nos alienta a pensar en nosotros mismos como seres fluidos, emergentes, descentralizados, múltiples, flexibles y aún en proceso”²⁴. En vista de ello, “El internet se ha convertido en un significativo laboratorio social para experimentar con las construcciones y reconstrucciones del yo que caracterizan a la vida posmoderna”²⁵. Los salones de charla virtual ofrecen la posibilidad de jugar a ser muchos yoes, ninguno de los cuales es reconocido como el que uno verdaderamente es, y esta posibilidad no sólo es teórica sino que realmente introduce nuevas prácticas sociales. Turkle nos dice que: “La reflexión sobre la identidad... humana no sólo viene siendo planteada entre los filósofos sino que se produce ‘en el terreno’, a través de una filosofía de la vida cotidiana que en cierta medida es contrastada y guiada por la presencia de la computadora.”²⁶ Observa que la red promueve algo que ella denomina “experimentación”, dado que lo efectuado

²⁴ Turkle, Sherry, *Life on the Screen: Identity in the Age of the Internet*, Nueva York: Simon and Schuster, 1995, pp. 263-264.

²⁵ *Ibid.*, p. 180.

²⁶ *Ibid.*, p. 26.

en sus confines está exento de consecuencias. Turkle supone, entonces, que la red no sólo proporciona acceso a toda suerte de información; libera a las personas para que desarrollen nuevos y excitantes yoes.

La persona ubicada en la esfera estética de la existencia seguramente mostraría su acuerdo, pero según Kierkegaard: "Como resultado de conocer y ser todo cuanto es posible, uno está en contradicción consigo mismo"²⁷. Desde el enfoque de la esfera de la existencia inmediatamente más elevada, Kierkegaard ve que el yo no requiere "variabilidad y brillo", sino "firmeza, balance y constancia"²⁸.

Es de esperar que la esfera estética se revele finalmente como invivible y, a decir verdad, Kierkegaard sostuvo que si uno se sumerge en la esfera estética con total compromiso necesariamente ésta habría de colapsar bajo el completo hartazgo de información y posibilidades. Sin alguna forma de decidir entre lo relevante y lo irrelevante y entre lo significativo y lo insignificante, todo se vuelve igualmente interesante e igualmente tedioso. Desde la perspectiva de alguien que padece la melancolía simultánea al colapso de la esfera estética, Kierkegaard se lamenta: "Mi reflexión en torno a la vida carece por completo de sentido. Supongo que algún espíritu maligno ha colocado un par de anteojos sobre mi nariz, una de cuyas lentes amplifica colosalmente mientras la otra reduce en igual proporción"²⁹.

Esta incapacidad para distinguir lo trivial de lo importante deja de emocionarnos tarde o temprano, y deriva precisamente en el tedio a cuya negación abocan sus vidas el esteta y el navegante de la red. Así, concluye Kierkegaard, "toda visión estética de la vida significa desesperación, y cualquiera que viva estéticamente se halla desesperado, lo sepa o no. Pero cuando uno lo sabe... una forma de existencia más elevada es un requisito imperativo"³⁰.

3. La esfera ética. Efectuar compromisos concretos

A esa forma de vida más elevada Kierkegaard la denomina *esfera ética*. En ella se participa de una identidad estable y se está comprometido con la acción involucrada. La información no es envilecida sino busca-

²⁷ *Ibid.*, p. 68.

²⁸ Kierkegaard, Søren, *Either/Or*, traducción al inglés de David F. Swenson y Lillian Marvin Swenson, Princeton: Princeton University Press, 1959, vol. II, pp. 16-17.

²⁹ *Ibid.*, p. 46.

³⁰ *Ibid.*, p. 197.

da y usada para fines serios. En la medida en que la recolección de información no es un fin en sí mismo, la información fiable contenida en la red –cualquiera que fuere– puede constituir un recurso valioso. Un recurso capaz de favorecer compromisos serios. Tales compromisos requieren que las personas tengan planes de vida y asuman tareas específicas. De este modo ellas tendrían metas que determinen lo que ha de hacerse e información relevante para conseguirlo. ¿Puede la red apoyar esta vida de acción comprometida?

Si el internet pudiese expresar y apoyar la realización y el mantenimiento de compromisos para la acción, dejaría de minar (y pasaría a sustentar, más bien) los compromisos éticos que Kierkegaard reclama para los seres humanos. Luego, en la medida en que desarrolla medios de comunicación que permiten a las personas registrar sus compromisos, el internet apoya la esfera ética.

Sin embargo, acaso Kierkegaard sostendría que, cuando el uso del internet para coordinar compromisos se concreta exitosamente en un sistema de comunicaciones, la facilidad misma para efectuar compromisos promovería el colapso inevitable de la esfera ética. Mientras mayor sea el desarrollo de un sistema para registrar compromisos, mayor será el número de compromisos posibles que registrará, de modo que su habilidad misma para registrar todos los compromisos –supuesto apoyo de la acción–, conducirá tarde o temprano a la parálisis o a tantas elecciones arbitrarias como posibles compromisos serios.

Con el fin de evitar la elección arbitraria, alguien podría, como el juez Guillermo –seudónimo tras el cual Kierkegaard describe la esfera ética en *O lo uno, o lo otro*–, volverse hacia los hechos de su propia vida –ocupaciones y aptitudes, por ejemplo, para limitar sus compromisos. Así, el juez Guillermo entiende que su rango de compromisos relevantes posibles está restringido por sus habilidades y funciones sociales como juez y esposo. De igual modo alguien podría, para emplear un ejemplo más contemporáneo, elegir a qué listas de interés sumarse a partir de ciertos hechos característicos de su situación vital. Después de todo, no sólo hay listas de interés dedicadas a iconos populares –o listas académicas dedicadas a iconos culturales como Kierkegaard. Hay listas de interés serias, para los padres de niños que padecen enfermedades raras e incurables, por ejemplo. De forma que el entusiasta de la red ético podría alegar que todo cuanto precisa es aceptar alguna perspectiva –algo importante para él cimentado sobre algún accidente en su vida– y realizar todas sus elecciones en función de ella.

Sin embargo, el objetivo de la persona en la esfera ética, como Kierkegaard la define, es conseguir la madurez moral, y ya Kant sostuvo que ésta consiste en la habilidad para elegir lo que uno hace sustentado en principios que puede justificar. Recién entonces puede alguien asumir la responsabilidad lúcida de su vida. En este sentido, el juez Guillermo se siente orgulloso del hecho de que, como agente autónomo, es libre de dar a sus talentos y roles cualquier significado que él elija, de modo que finalmente su libertad no está restringida por la posición ni los deberes que le son dados.

El juez Guillermo advierte que la elección respecto de cuáles son los compromisos importantes está basada en una elección más fundamental respecto de lo que es valioso y lo que no, lo que es bueno y lo que es malo, y que esa elección depende de él. Como él mismo señala: "Lo bueno es tal por el hecho de que yo lo quiero, y no existe fuera de mi voluntad. Tal es la expresión de la libertad... Por ello, en modo alguno las notas distintivas del bien y del mal son rebajadas o menospreciadas como meras distinciones subjetivas. Antes bien, se afirma la validez absoluta de estas distinciones"³¹.

No obstante, Kierkegaard respondería que, si todo depende de la elección, incluidos los parámetros según los cuales uno elige, no hay razón para elegir un conjunto de parámetros en vez de otro. Por otro lado, si uno fuese totalmente libre, la elección de lineamientos para la propia vida nunca significaría la realización de un compromiso serio, pues siempre cabría la elección de anular la elección previa. No me aferro de ningún compromiso si tengo siempre la libertad de revocarlo –y, por cierto, los compromisos libremente elegidos pueden y deben ser revisados minuto a minuto, a medida que se dispone de nueva información. Así, lo ético colapsa, dado que el puro poder de hacer y deshacer compromisos se socava a sí mismo.

Como Kierkegaard señala: "Si el yo desesperado es *activo*,... constantemente se relaciona consigo mismo en forma sólo experimental, no importa lo que acometa, por más grande o sorprendente, ni cuanto perseverare. No reconoce poder sobre sí; de modo que, en última instancia, carece de seriedad... En cualquier momento el yo puede redefinirse íntegramente, de manera bastante arbitraria, y, por más lejos que una

³¹ *Ibid.*, p. 228.

idea sea proseguida en la práctica, toda la acción está contenida dentro de una hipótesis³².

Así, la *elección* de distinciones cualitativas, que supuestamente habría de apoyar la acción seria, la impide, y uno acaba en lo que Kierkegaard llama “desesperación de lo ético”³³. Kierkegaard concluye que no es posible detener la proliferación de información y compromisos *decidiendo* qué es lo importante; sólo es posible detenerla cuando *se es dotado* de una identidad individual que despliega un mundo individual.

4. La esfera pública ante la esfera religiosa. Efectuar un compromiso incondicional

Suponer que uno puede adquirir compromisos libremente, y que éstos son siempre pasibles de revocación, no es algo que parezca aplicarse a los compromisos que, para nosotros, son los más importantes. Experimentamos estos compromisos especiales como posesionando todo mi ser. Cuando respondo a semejante llamado, mediante aquello que Kierkegaard denomina pasión infinita, vale decir cuando efectúo un *compromiso incondicional*, este último determina lo que será el tópico significativo para mí el resto de mi vida. Me entrega lo eterno en el tiempo, en palabras de Kierkegaard. Movimientos políticos y religiosos pueden apresarnos de ese modo, cual si fuesen relaciones amorosas, y, en el caso de ciertas personas, “vocaciones” tales como el arte o la ciencia. Vivir con arreglo a tal compromiso irrevocable coloca a uno en lo que Kierkegaard denominó *esfera de la existencia cristiana/religiosa*.

Dichos compromisos incondicionales son distintos de los tipos normales de compromiso. Determinan lo que cuenta como valioso al deter-

³² Kierkegaard, Søren, *The Sickness unto Death. A Christian Psychological Exposition for Edification and Awakening*, traducción al inglés de Alastair Hannay, Londres/Nueva York: Penguin, 1989, p. 100.

³³ Desde luego, esta “desesperación de la posibilidad” no es sino la mitad del problema para Kierkegaard. El colapso de lo ético irrumpe, además, a partir de la constatación de que no se puede llegar a identificar los propios motivos con la certeza exigida por una ética kantiana de la intención. El pecado para Kierkegaard, al igual que la culpa ontológica para Heidegger –quien le hurtó la idea–, consiste en el hecho de que el *Dasein* no puede pasar por detrás de su propia condición-de-arrojado (*thrownness*). Hasta donde alcanzo a ver, la desesperación de lo ético no es nunca, como piensan algunos intérpretes, el fracaso del individuo para vivir en función de las demandas de la ley moral. Si tal fuese el problema, uno podría, siendo lo bastante cuidadoso y ético, confiar en que evitará una desesperación semejante.

minar quién es uno. Así, las identidades fuertes basadas en compromisos incondicionales detienen la proliferación de compromisos cotidianos al determinar lo que sí cuenta en última instancia, y por qué. Frenan por ello el nihilismo, estableciendo diferencias cualitativas entre lo que es importante o trivial, relevante o irrelevante, serio o lúdico en la vida de uno.

Aunque tal compromiso es riesgoso, desde luego. La causa de uno puede fracasar; la persona amada puede partir. La reflexión desarraigada de la época actual, la hiperflexibilidad de la esfera estética y la libertad sin límites de la esfera ética son todas formas de evitar riesgos, pero resulta, como afirma Kierkegaard, que por ello mismo nivelan todas las diferencias cualitativas y desembocan en la desesperación de la insignificancia. Sólo el compromiso incondicional y la identidad fuerte que éste produce pueden dotar a un individuo de un mundo organizado por las distinciones cualitativas únicas que caracterizan a aquel individuo.

Ello nos remite a esta pregunta incierta: ¿qué papel puede desempeñar el internet en cuanto a alentar y apoyar los compromisos incondicionales? Una primera sugerencia podría consistir en que el tránsito de una etapa a otra se verá facilitado por la red, del mismo modo en que los simuladores de vuelo le enseñan a uno a volar. Se le pediría a uno arrojarse a la navegación virtual y hallarla tediosa, luego a efectuar compromisos hasta verlos proliferar absurdamente, y así finalmente ser inducidos a dejarse arrastrar hacia un compromiso incondicional riesgoso como única forma de huir de la desesperación. A decir verdad, en cualquiera de estas etapas, desde buscar toda suerte de sitios web interesantes dentro de la red hasta comprometerse con una lista de interés capaz de abrir un nuevo dominio, pasando por entablar conversaciones en salones de charla virtual, uno podría verse sencillamente capturado por alguno de los modos de vida abiertos y ser arrastrado hacia un compromiso definitivo del mundo válido de por vida. Sin duda esto podría ocurrir –las personas sí se encuentran y enamoran en salones de charla virtual–, pero es bastante improbable.

Kierkegaard aduciría que, si bien el internet no prohíbe los compromisos incondicionales (como tampoco es el caso con la prensa), los socava finalmente. Al igual que un simulador, la red apresa todo salvo el riesgo. Nuestra imaginación puede ser arrastrada hacia ella, como ocurre con los juegos y películas (y sin duda los juegos simuladores afinan nuestras respuestas ante situaciones no ficticias), pero, así como los juegos funcionan capturando nuestra imaginación, fracasan cuando se tra-

ta de brindarnos compromisos serios. Los compromisos imaginarios únicamente nos involucran cuando las simulaciones dispuestas ante nuestros ojos y oídos cautivan nuestra imaginación. Y eso es cuanto nos ofrecen los juegos informáticos y la red. La tentación es vivir en un mundo de imágenes estimulantes y compromisos simulados –a fin de llevar una vida simulada. Como Kierkegaard afirma respecto de la época actual: “Transforma la tarea real en una treta irreal, y la realidad en una puesta en escena”³⁴.

La prueba de la adquisición de un compromiso incondicional se produciría sólo si uno tuviese el incentivo y la valentía de transferir al mundo real lo aprendido en la red. Así, uno haría frente a lo que Kierkegaard llama “el peligro y el áspero juicio de existencia”. Pero justamente el atractivo de la red, como el de la prensa en tiempos de Kierkegaard, inhibe esa inmersión final. A decir verdad, cualquier usuario de la red eventualmente inducido a arriesgar su identidad real en el mundo real debería actuar en contra de lo que lo atrajo a la red en un inicio.

Todo parecería indicar que Kierkegaard está en lo cierto. La prensa y el internet se revelan como enemigos fundamentales del compromiso incondicional, y únicamente la esfera religiosa de la existencia puede salvarnos de la nivelación iniciada por la Ilustración, promovida por la prensa y la esfera pública, y perfeccionada en la red informática mundial.

(Traducido del inglés por Martín Oyata, revisado por Rosemary Rizo-Patrón)

³⁴ Kierkegaard, Søren, “The Present Age”, o.c., p. 38.